



El hombre más allá del hombre

■ Puede decirse que en Eugenio González se realizó de modo muy a fondo la noble manera de ser hombre que Cicerón llamaba "homo humanus". A este "homo" pertenecían el saber, el amor al hombre y el sentimiento de la comunidad. Y por estos tres caminos se movió el alto y claro vivir de este hombre de excepción. La vida nos es dada vacía y el hombre tiene que ir llenándola, ocupándola, y en este angustioso oficio, Eugenio fue maestro.

Un día, sin calendario, abrió la verja de ese jardín sin jardinero que muchos llevamos en el corazón y se echó a andar por los senderos umbrosos de sus sueños, ajeno al ruido de la calle, sólo atento al diálogo interior. Su espíritu inquieto, indagador, buscador de verdades, había sobrepasado toda frontera limitante y estaba siempre más allá de su propia circunstancia. Era el hombre más allá del hombre y tal vez por eso se nos perdió en el laberinto de su jardín.

Cuando a Eugenio González, el humanista, se le fue a dejar la otra mañana al camposanto, tuvimos la sensación de que lo que había quedado en la tumba era sólo la armazón de una sombra, era sólo el reflejo de su estatura humana. El hombre, el humanista, el muchacho de "Noche" y de "Destinos", el taumaturgo de tiempos de bohemia y poesía se había ido ya, años ha, cuando murió un hijo o cuando le hirió mortalmente el desencanto de esos largos meses que en la Casa de Bello se vivió entre el sectarismo y los odios partidistas.

A metros de su gabinete de Rector vivimos los momentos cruciales y amargos que le deparó el desencanto y aunque algunos supusieron que se alejaba de su alto sitio, porque las proporciones de las luchas intestinas le habían derrotado, otros, los más, adivinamos la íntima desesperación que ocasiona la injusticia en quienes poseen el sello de la bondad y del humanismo, y Eugenio González sí que poseía ese sello. Tal vez era en esos días cuando se nos fue de la vida, y no lo sabemos exactamente entonces.

D. B. O.

Cincuenta Años del Instituto Pedagógico

por JOSÉ CAÑIZALES MARQUEZ

A raíz de la muerte del tirano Gómez se produjo un despertar de la conciencia nacional. La noche negra había cesado; noche que estranguló hasta ese año de su muerte, la insurgencia del país al siglo veinte. Nos habíamos quedado atrás en cultura, en sanidad, en economía, en ciencias, en síntesis, en el desarrollo integral de la nación. Y uno de los peores males estaba dado por una latente carencia educacional, tanta, que aún hoy día repercute, entre nosotros, tal grave mal. Por cuanto la educación constituye la piedra angular para alcanzar cualquier meta que se proponga un pueblo determinado, había no sólo necesidad sino también urgencia de ocuparse y preocuparse de tan importante ramo del saber humano. En ese desiderátum apareció la figura espiritualmente egregia del escritor Mariano Picón-Salas, quien llegó de Chile con un bagaje de ideas y proyectos que bien se podían aplicar para poner en marcha al país estancado. Entre esos proyectos existen dos que se plasmaron en realidad. Uno, la creación de la Dirección de Cultura y Bellas Artes, por su iniciativa, adscrita al Ministerio de Educación, a través de la cual se cumplió un rol de trascendencia no sólo nacional sino también internacional. Hasta el momento de su conversión en el INCIBA y luego en el CONAC de hoy, la Dirección de Cultura agitó banderas de arte, literatura y progreso espiritual de primer orden, para la iniciación de una nueva etapa cultural de la nación.

Ahora bien, quizá la idea más trascendente, desde el punto de vista educativo, fue la sugerencia para que se creara, en Caracas, el Instituto Pedagógico Nacional, que iría a servir de vivero insustituible para el logro del desarrollo de la educación venezolana. Pero no sólo aportó la idea e iniciativa el gran escritor Mariano Picón-Salas, sino que a la par se encargó de contratar los profesores, que, provenientes de Chile, se ocuparían de organizarlo y echarlo a andar. En tal sentido, Picón-Salas se trajo al país lo más granado del profesorado chileno, los cuales habían sido sus compañeros de aula en el Instituto Pedagógico de Chile, donde Picón-Salas había cursado su doctorado en Filosofía y Letras. Así, pues, bien conocía nuestro escritor a la gente que quiso se encargara de estructurar nuestro Pedagógico, a imagen y semejanza del chileno, que tantos frutos había dado y continúa dando a favor del pueblo sureño, circunstancia que conocemos de cerca, por cuanto nos tocó estudiar letras y periodismo en sus aulas. Incluso, Mariano Picón-Salas llegó a ser encargado de la Rectoría de la Universidad de Chile, como consecuencia del triunfo de un movimiento socialista que fue efímero, y que el día que salía el Decreto nombrándolo Rector en propiedad, según nos contó el profesor Eugenio González, que a la sazón, era el Ministro de Educación del mismo régimen, ese mismo día cayó el Gobierno socialista, razón por la cual, Mariano Picón-Salas no se quedó en dicha rectoría.

En estos momentos, el Instituto Pedagógico Nacional está cumpliendo cincuenta años de existencia, y de su seno han egresado miles y miles de profesores que han regado y expandido el saber por todos los rincones de Venezuela, en las más diferentes especialidades. Allí se han formado hombres de gran talla en el saber venezolano, maestros ductores de juventudes, a la que han formado con el desinterés que sólo produce la vocación de maestros. Este es un cincuentenario que incumbe a gran parte de los venezolanos de los últimos cincuenta años, quienes hemos absorbido, en una u otra forma su proyección cultural y didáctica, mediante la cátedra dictada por profesores que se han formado en su seno, clave para la más eficiente y clara transmisión del conocimiento, por cuanto la formación metodológica y didáctica, permite al profesorado interesar al alumnado en su arduo camino del saber. Y este fue el camino que, desde sus inicios, se trazó el Instituto Pedagógico Nacional en bien de la educación y la cultura venezolanas.

Se Mundo - 7 Oct - 1986